

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Carlos Manuel Cruz Meza

cmcorp00@gmail.com

Octavio, Paz de los sepulcros

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 60, abril-junio 2022, pp. 82-85.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de interiores: Centro Fotográfico Manuel Álvarez Bravo

*Curaduría: Alejandro Castellanos



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

En la película no advertimos vueltas de tuerca ni melodrama sostenido, porque en López Páez tampoco los hay.

gumentos extraordinarios (ella veleidosa), sino más bien Jorge habla de las pequeñas fisuras de los que viven atados a las convenciones sociales. La señora también resume lo que José Joaquín Blanco destacó del universo de López Páez como una combinación de rasgos intimistas, pueblerinos, con el oropel cosmopolita de las urbes que presumen modernidad.

Hermosillo plasma estos detalles nimios de la rutina en medio del interregno pueblo/ciudad –por ello la pequeña fisura–, retomando con llaneza los diálogos literarios y eligiendo a la actriz indicada, la espléndida Guadalupe del Toro. Con frugal pulso, Jaime Humberto procura que en donde quiera que ella se siente se convierta en la silla principal, aunque se note pérdida viendo el Lago de Chapala –como si le hubiera dado un vahído.

En este sentido, correr el velo de la hipocresía de la sociedad mexicana fue el propósito constante en la obra de Hermosillo. El cine permite dislocar los discursos de heteronormatividad fincados en la imagen y *Doña Herlinda* en eso atina: una relación homoerótica con hombres que responden a siluetas viriles, atléticos, uno de recio bígote y el otro un deportista.

La picardía de López Páez encuentra un calco en el filme de Hermosillo, que sabe además recoger el matiz cotidiano del cuento. La homosexualidad es meramente insinuada en el cuento y en el cine halla sutilezas, como el regalo del carrito y la crema Nivea.

En el mismo volumen de cuentos en donde se publica “Doña Herlinda y su hijo”, el siguiente texto es otra historia de la señora que se llama “Herlinda primera o primero Herlinda”. Se trata de un largo encuentro entre Herlinda y Marianita, una amiga con la que se sienta a echar la copa. Con Marianita, Herlinda es más hablantina y confiesa su luna de miel salvaje, escarceos sexuales dignos de un ataque erótico libertino de las novelas francesas del siglo XIX. Aflora una tibia sombra cristera y menciona que adora a sus nietos: Rodo y Monchito, que llevan los nombres de la pareja gay. El relato tiene conexiones con la anécdota del hijo, como si López Páez nos ofreciera antecedentes.

En la película no advertimos vueltas de tuerca ni melodrama sostenido, porque en López Páez tampoco los hay. Los detalles se deslizan tersos: una cantina popular con ligues gay de repente se cruza, esquivando cualquier estridencia. El cine había impuesto un estereotipo a Jalisco a través de la comedia ranchera, y vemos ahora, con todo y su desfase ético, a una Guadalajara ya permisiva con sus machos que renunciaron a su folclórica efigie de mariachi. La Divina Providencia es un lienzo que permea los hábitos, pero más como inercia social que como dogma religioso. Hermosillo supo equilibrar el cuento de Doña Herlinda: mantuvo la medida de López Páez con una sonrisa de medio lado y, con un dejo normalizado donde la transgresión le resta importancia al grito, sostiene que las apariencias siguen cumpliendo su destino de engañar. **LPyH**

Raciel D. Martínez Gómez es investigador del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la UV. Obra reciente: *Cine contexto y Xalapa sin Variedades*.

Octavio, Paz de los sepulcros

Carlos Manuel Cruz Meza

Desde niño, la muerte fue parte de la existencia del escritor Octavio Paz. El martes 27 de abril de 1880 a las 09:00 horas, su abuelo Ireneo Paz mató en un duelo al periodista Santiago Sierra Méndez, hermano del escritor y educador Justo Sierra, a causa de diferencias ideológicas.

Una noche de 1924, Ireneo Paz llegó tarde a su casa y le dijo a sus hijas: “Me siento mal. Algo me pasa”. Lo ayudaron a recostarse y desvestirse. “Tal vez me haría bien una friega de alcohol”, murmuró. Una de sus hijas fue a llamar al médico, pero el galeno no tuvo tiempo para acudir: Ireneo Paz murió enseguida. Tenía 88 años. En su poema “Elegía interrumpida”, su nieto mencionaría:

Hoy recuerdo a los muertos de
[mi casa.
Al primer muerto nunca lo
[olvidamos,
aunque muera de rayo, tan aprisa
que no alcance la cama ni los
[óleos.

El niño Octavio, de 10 años, sufrió mucho por la pérdida; su abuelo era la figura masculina que más influyó en él durante su infancia. “Fue el primer hombre que vi morir”, escribió alguna vez. La soledad y la ausencia se apoderaron de su espíritu, que desde entonces habitó una casa poblada por fantasmas. “En mi casa los muertos eran más que los vivos”. Las paredes estaban llenas de retratos de parientes fallecidos.

Su padre, Octavio Paz Solórzano, era un alcohólico que casi siempre estaba ausente. El sábado 7 de marzo de 1936 fue a una fiesta con



Cortesía del Colegio de San Ildefonso

unos ejidatarios en casa de su amigo Odilón Espinosa, en Santa Marta Acatitla. A la noche siguiente, tras beber mucho pulque, se despidió y se dirigió a la estación de Los Reyes-La Paz, donde planeaba tomar el tren que lo llevaría a su casa en Mixcoac. Iba muy alcoholizado y alguien lo acompañaba. Para llegar allí tenía que atravesar las vías férreas. Trató de hacerlo metiéndose entre dos vagones, pero entonces el tren, parte del Ferrocarril Interoceánico, se puso en marcha. Uno de los pernos lo golpeó en la nuca, derribándolo. No pudo hacer más; el tren lo arrastró y terminó despedazándolo. Tenía 52 años. Octavio y su madre tuvieron que acudir para recoger los trozos, dispersos a lo largo de las vías. Otra versión indica que al llegar a la estación, un obrero les entregó los pedazos dentro de un saco de lona. El cadáver fue velado la noche del lunes 9 de marzo. El viernes 13 de marzo, el periódico *El Universal* publicó: “El Licenciado Paz, muerto bajo las ruedas de un tren”. Se rumoró que podía tratarse de un homicidio, la policía citó al misterioso acompañante, pero este nunca se presentó a declarar. En el poema “Pasado en claro”, su hijo mencionaría:

Del vómito a la sed,
atado al potro del alcohol,
mi padre iba y venía entre las
[llamas.

Por los durmientes y los rieles
de una estación de moscas y de
[polvo
una tarde juntamos sus pedazos.

En 1937, Octavio Paz viajó a España como invitado al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, mientras se desarrollaba la Guerra Civil española. Allí participó con otros escritores. Después de esa experiencia escribió su “Elegía”, dedicada “A un compañero muerto en el frente de Aragón”:

Has muerto, camarada,
en el ardiente amanecer del
[mundo.

Y brotan de tu muerte
tu mirada, tu traje azul,
tu rostro suspendido en la pólvora,
tus manos, ya sin tacto.

En 1950, Paz publicó un libro fundamental para comprender la identidad mexicana: *El laberinto de la soledad*, que incluye el capítulo “Todos Santos, Día de Muertos”, un ensayo antropológico sobre la relación de los mexicanos con la

muerte. Pese al tiempo transcurrido desde su aparición y a que algunos de sus planteamientos hayan sido superados, aún conserva conceptos válidos sobre la idiosincrasia nacional:

Para el habitante de Nueva York, París o Londres, la muerte es la palabra que jamás se pronuncia porque quema los labios. El mexicano, en cambio, la frecuente, la burla, la acaricia, duerme con ella, la festeja, es uno de sus juguetes favoritos y su amor más permanente [...] La indiferencia del mexicano ante la muerte se nutre de su indiferencia ante la vida [...] El culto a la vida, si de verdad es profundo y total, es también culto a la muerte. Ambas son inseparables. Una civilización que niega a la muerte, acaba por negar a la vida [...] Morir es natural y hasta deseable; cuanto más pronto, mejor. Nuestra indiferencia ante la muerte es la otra cara de nuestra indiferencia ante la vida.

Un ejemplo de la recuperación de lo mortuorio en la narrativa y de la fascinación literaria por los miem-



Cortesía del Museo Cabañas. Fotografía: Noemí García

bros humanos, está plasmado en el relato “El ramo azul”, incluido en su libro *Águila o sol*, publicado en 1951:

Antes de que pudiese defenderme, sentí la punta de un cuchillo en mi espalda y una voz dulce:

–No se mueva, señor, o se lo entierro.

Sin volver la cara pregunté:

–¿Qué quieres?

–Sus ojos, señor –contestó la voz suave, casi apenada.

–¿Mis ojos? ¿Para qué te servirán mis ojos? Mira, aquí tengo un poco de dinero. No es mucho, pero es algo. Te daré todo lo que tengo, si me dejas. No vayas a matarme.

–No tenga miedo, señor. No lo mataré. Nada más voy a sacarle los ojos.

–Pero, ¿para qué quieres mis ojos?

–Es un capricho de mi novia. Quiere un ramito de ojos azules y por aquí hay pocos que los tengan.

Años después, en octubre de 1968, tras la masacre de estudiantes cometida en Tlatelolco, Paz renunció a la Embajada en la India, como

protesta contra el gobierno del presidente Gustavo Díaz Ordaz. Los cadáveres desperdigados en la Plaza de las Tres Culturas eran ofensivos para él y sus convicciones.

Su salud no andaba bien. En 1977 perdió un riñón a causa del cáncer. En octubre de 1984, recibió el Premio de la Paz de la Asociación de Libreros de Frankfurt. En su discurso hizo una fuerte crítica a los regímenes centroamericanos y en especial a la revolución sandinista en Nicaragua. Esto le acarrió el odio de la izquierda mexicana, que se rasgó las vestiduras y encabezó una marcha de protesta ante la Embajada de Estados Unidos, en la cual quemó la efigie del poeta, mientras se escuchaban las consignas: “Reagan, rapaz, tu amigo es Octavio Paz”. Era una macabra manera de linchar al escritor; una forma simbólica de asesinarlo, de convertir algo inerte en un cadáver, de quemar su cuerpo en una plaza pública. En una entrevista con la periodista Silvia Cherem, Paz aseveró:

No me sentí Giordano Bruno. Aquellas llamas se convirtieron pronto en humo y el humo ahogó a los alhaquientos. Ninguno entre

ellos se ha atrevido a confesar su participación en esa pequeña ignominia. Eran gente sin cara, literalmente una masa [...] Sentí sobre todo asombro: aquel acto era absurdo. Asombro y vergüenza.

En 1990, le otorgaron el Premio Nobel de Literatura. En 1994 soportó una cirugía de corazón. El domingo 22 de diciembre de 1996, Paz sufrió una primera muerte: un incendio destruyó su casa y con ella gran parte de su biblioteca, la que acumuló a lo largo de varias décadas y que incluía tesoros bibliográficos irrecuperables. “Algunos de los libros los heredé de mi abuelo. También había pinturas y objetos que recibí como regalos durante muchos años, por toda una vida”, dijo al respecto. Allí murieron la mayoría de sus gatos y se quemó un mueble con las primeras ediciones de sus libros. Su situación reflejaba otro poema suyo, que recordaba a Tolomeo e iniciaba aseverando: “Soy hombre, duro poco / y es enorme la noche”.

Fue el principio del fin. En enero de 1997, enfermo y deprimido, fue trasladado por la Presidencia de la República a una nueva casa. “Del cuello para arriba todo



Cortesía del Colegio de San Ildefonso

está bien, pero del cuello para abajo todo es un desastre”, le confió al periodista Julio Scherer. En otra ocasión comentó:

Somos mortales y me gustaría abrir bien los ojos a la hora de la hora [...] No tenemos jurisdicción sobre la memoria de los otros y menos aún después de nuestra muerte. Cierito, es universal y natural el ansia de sobrevivir; también lo es la conciencia de la muerte. No pienso solo en mi muerte sino en la extinción de la especie humana y más: en la de la Tierra y el Sistema Solar. Así, es una imprudencia manejar términos como supervivencia y eternidad.

El cáncer de huesos lo devoraba y la flebitis no le daba tregua; al final le era casi imposible hablar. Tampoco podía leer a causa del deterioro de su vista. El único escritor mexicano que ganó el Premio Nobel de Literatura murió el domingo 19 de abril de 1998 a las 22:30 horas en su domicilio, en la calle Francisco Sosa núm. 383, en el barrio de Santa Catarina, Coyoacán, en la Ciudad de México. Tenía 84 años. Falleció acompañado

de Marie José, su segunda esposa, con quien compartió más de treinta y cuatro años de vida.

Después de muerto, el intelectual seguía generando polémica. Un escritor dijo, irónico: “La cultura descansa en Paz”. Recibió un homenaje de cuerpo presente en el Palacio de Bellas Artes, al que acudieron políticos, intelectuales, empresarios, estudiantes. Era un funeral de estado. La bandera nacional cubrió su ataúd de caoba; el presidente Ernesto Zedillo hizo una guardia de honor. La Orquesta Filarmónica de la Ciudad de México interpretó el Himno Nacional. Luego lo condujeron al Panteón Español para incinerarlo. Sus cenizas retornaron a su casa, donde se estableció la Fundación Octavio Paz; se anunció que serían llevadas a la Rotonda de los Hombres Ilustres. Su única hija, Helena Paz Garro, fruto de su primer matrimonio, declaró tras la muerte del escritor:

Anoche (en Cuernavaca) me dio un ataque de locura. Me dejó hecha polvo porque yo le quería mucho. En los últimos cinco años intenté despedirme de mi padre y nunca lo logré. Mi deseo era pedir-

le perdón y tenerlo antes de morir. Busqué refugio en mi madre, de ahí surgió el odio. Él siempre me mostró ante todos como una tonta. [Mis padres] se casaron por bienes mancomunados y yo soy la hija única. Así lo dice el Registro Civil y no es justo que su concubina se quede con todo lo que hizo mi padre.

Helena Paz Garro murió el domingo 30 de marzo de 2014, un día antes de que se celebrara el centenario del natalicio de su padre. La viuda del escritor, Marie José Tramini, lo sobrevivió 20 años: fue hallada muerta en su casa el jueves 26 de julio de 2018, por causas indeterminadas. Murió intestada, dejando la obra del escritor en un extraño limbo legal. El eco de uno de los poemas pacianos parecía escucharse tras su partida: “Esto que digo es tierra / sobre tu nombre derramada: blanda te sea”. **LPyH**

Carlos Manuel Cruz Meza es escritor y criminólogo mexicano. Premio Nacional de Periodismo. Premio Nacional de Crónica Beatriz Espejo. Premio Nacional de Dramaturgia INBAL. Tiene 16 libros publicados en papel.